

Primer clasificado prosa

Certamen literario Pasionaria 2015

“El negro Sam”

Francisco José Segovia Ramos - Granada

Sam era el negro de la obra. Con su piel oscura y el acento exótico con el que pronunciaba nuestro idioma a duras penas, pero con voluntad por aprenderlo, aquel nigeriano había llegado a la obra una mañana de primavera, a través de una lluvia persistente que resbalaba por su impermeable gris. Alto y de sonrisa amplia, casi no pudo contener su alegría cuando el capataz, siempre serio y distante, lo contrató por un salario que apenas llegaba a la mitad que cobrábamos todos los demás. Pero eso no le importó en absoluto: en el pueblo de donde había emigrado para buscarse la vida aquel dinero era todo un capital. Al día siguiente, por tanto, comenzó la jornada con nosotros.

El hombre, nadie lo podía negar, ponía toda su energía en hacerse con los trucos del oficio y, como si fuese una esponja humana, absorbía todo lo que se le enseñaba con rapidez y eficiencia. Era el primero en ponerse a cargar ladrillos en la carretilla, y el que más viajes daba para recoger sacos de cemento o arena. Nunca se negaba cuando alguno de nosotros le pedía ayuda para terminar de cerrar un muro o abrir otro agujero en el suelo, y jamás desdibujaba su sonrisa, ni siquiera cuando casi al final de la jornada laboral aparecía otro camión cargado de pesados hierros o pilas de ladrillos, que había que descargar con rapidez para que no estorbase el tráfico. Sam era todo entrega y dedicación, y nunca oí brotar de sus labios una sola queja. Pero seguía siendo el negro de la empresa. En el sentido literal, y en el otro, ya que los trabajos más pesados acababan, indefectiblemente, por caer sobre sus robustas espaldas. En esos casos sólo se vislumbraba en su rostro un ligero gesto de circunspección, pero sus brazos y sus piernas se ponían a la tarea casi de inmediato.

Cuando llegaba la hora del descanso, a mitad de la mañana, y todos nos sentábamos alrededor de una pequeña fogata, él se quedaba un tanto apartado,

porque se percataba que su presencia molestaba a varios de los que allí se reunían. Siempre prudente, el negro Sam, el paciente obrero de la construcción llegado de allende del mar, se comía su frugal bocadillo en un santiamén, bebía media botella de agua y permanecía callado, escuchando nuestras bromas o conversaciones sobre fútbol. Alguna vez intervino, para regocijo de unos y molestia de otros, afirmando, con su voz grave y potente, y su acento de otras tierras, que era aficionado de uno de los dos “grandes”. Aquello me hizo gracia entonces, y no pude menos que aplaudirle y devolverle la sonrisa que me lanzó en muestra de agradecimiento. Aprendí, con aquellos pequeños encuentros, a querer a aquél hombretón negro que se había hecho un hueco en las horas monótonas de mi trabajo.

Pasaron las semanas, y a la primavera lluviosa sucedió un verano que amenazaba agostarnos con su calor. La obra había seguido sin pausa, y el edificio estaba casi terminado, con todos los cerramientos finalizados y las paredes interiores a medio encalar. Los fontaneros y electricistas estaban concluyendo su labor, y nosotros nos dedicábamos a pulir los detalles de acabado, sobre todo en la enorme fachada de seis plantas, a la que aún estaba anclado gran parte del andamiaje. Recuerdo bien una mañana de mitad de julio, poco después de la pausa del mediodía.

Yo estaba subido en el andamio, a la altura de la segunda planta, repellando un desconchón que se había producido bajo uno de los balcones. El sudor me resbalaba por la frente y caía por mi pecho hasta empaparme por completo. A pesar de todo me sentía feliz por no llevar puesto el casco obligatorio, y agradecía ese detalle al patrón, aunque sabía que no lo hacía por mí, o por nosotros en general, sino para ahorrarse costes en la seguridad, aunque casi todos considerábamos que era innecesario tenerlo puesto en esos momentos. Sam estaba abajo, trabajando una mezcla. Removía con su paciencia habitual arena y cemento, hasta conformar la pasta adecuada para enlazar los ladrillos y convertir la nada en muro sólido. Luego la cargaba a golpe de palada en la carretilla, y la empujaba hasta el interior de la obra, donde otro compañero se encargaba de usar el cemento. Todo transcurría con normalidad, como siempre.

En ese momento llegó el patrón. Desde abajo me gritó algo, pero no lo entendí. Volvió a gritar, dirigiéndose esta vez hacia los que se encontraban dentro del edificio. De él surgió la figura oscura de Sam, que se acercó al capataz. Por los gestos que hacían los dos hombres deduje que nuestro jefe estaba ordenándole que subiera a la azotea. Miré hacia arriba y me di cuenta de lo que pretendía que hiciese mi compañero de fatigas: retirar unos viejos hierros retorcidos que se habían quedado enganchados en la cornisa del tejado. El trabajo era delicado y un tanto peligroso porque en aquella

zona el andamio estaba en parte desmontado. A pesar de todo vi subir a Sam. Cuando pasó a mi lado por la escalera interior del andamio, le pregunté por el arnés. Me miró, sonrió y me dijo que “no arnés, dice el patrón”, y siguió ascendiendo hasta la cornisa. Le llamé para que interrumpiese su escalada y me dirigí enfurecido a mi jefe, exigiéndole que le facilitara el arnés, pero éste me respondió abruptamente que no pasaba nada y que me callase; que no era de mi incumbencia lo que el negro hiciese o no, que el que mandaba era él. Guardé silencio entonces, del que me arrepentiré toda mi vida, y observé, intranquilo pero sin poder hacer nada ya, el trabajo de Sam en la cornisa.

Mientras con una mano se sujetaba a la tambaleante estructura del andamio, agarró con la otra los hierros y los zarandeó, aunque sin poder retirarlos. Bailaban en equilibrio sobre el saliente, pero no lograba desengancharlos y arrojarlos hasta la calle. Se soltó de la barandilla y lo intentó tomando los hierros con las dos manos y agitándolos con fuerza. En aquel momento, como si sucediese a cámara lenta, el andamio pareció transmutarse en goma, y una, dos, varias barras de hierro se soltaron y cayeron a través de su estructura. Pude apartarme a tiempo cuando una de ellas cayó a mi lado, rebotando con fuerza en el andamiaje y las paredes. Suspiré con alivio pero entonces, con esa misma lentitud en la que se desarrollan las tragedias, la parte del andamio en la que se apoyaba Sam se desmontó y éste, sin arnés, y sin agarre por ningún lado, cayó desde todo lo alto.

Bajé del andamio lo más rápido que me permitían los nervios y mis piernas, y me acerqué corriendo hasta donde se encontraba el cuerpo caído de Sam. El golpe había sido terrible, pero aún respiraba. Sus piernas, retorcidas en ángulos dolorosos, permanecían inmóviles y sólo sus ojos vidriosos y sus brazos, que querían cogerse a asideros imposibles, se movían. Le cogí su fuerte y callosa mano, y le susurré que la ambulancia llegaría pronto, que no se preocupase. Él murmuraba letanías de palabras que me recordaban a una oración o una plegaria, y sus ojos me atravesaban como si yo no existiese. A pesar de mis ánimos, Sam, el negro de la obra, sabía que se moría. Me miró, y esta vez sus ojos me lanzaron una sonrisa. Apretó mi mano con fuerza y susurró una última frase. Después su cuerpo se aflojó y exhaló un último y definitivo suspiro. Estaba muerto. Arrodillado junto a su cadáver lloré, como no lo había hecho en mucho tiempo, de rabia e impotencia; por mi cobardía o por no haberle dado, quizá, toda la amistad que había pedido.

Pasaron algunos segundos, que a mí me parecieron horas. Entonces sentí una mano en mi espalda y la voz del patrón. No me giré. Escuché un fuerte ruido a mi lado. Miré y vi un arnés de sujeción sobre el suelo. Lo acababa de dejar allí el capataz. Sin esperar mi pregunta me conminó a que se lo pusiera con premura a Sam y dijese a la

policía y los médicos que no se había sujetado con el arnés al andamiaje, y que la culpa, por tanto, había sido suya y sólo suya. Me incorporé, lo miré a los ojos y le repliqué que nunca haría eso. Las sirenas de la ambulancia y la policía se escuchaban cada vez más próximas. El capataz, muy nervioso, me amenazó con el despido y cosas peores, pero esta vez no, me dije, esta vez no voy a ceder. Ante mi reiterada negativa se apartó de mi lado al mismo tiempo que se aproximaban hasta nosotros las asistencias sanitarias.

Han pasado ya varios años desde aquellos hechos que cambiaron mi vida. Testifiqué en el juicio, contando toda la verdad, y fui despedido poco después. Un par de meses más tarde me enteré por casualidad de que la empresa de construcción para la que trabajábamos tenía prevista una regulación de empleo una semana después de que finalizase aquella trágica obra y que, ironías de la vida, el primero de la lista para ser despedido era el desafortunado Sam.

Ahora trabajo de vigilante de seguridad en unos grandes almacenes, y hay otro Sam con el que me cruzo, hablo, y desayuno muchos días. Pero aquel nigeriano que murió en la obra nunca, nunca, se me irá de la mente y del corazón. A pesar de que jamás sabré que me dijo con sus últimas palabras, seguramente pronunciadas en hausa¹, su lengua materna. Tal vez, quizá, en su delirio, me contase que regresaba a su patria de origen para renacer como persona libre y con un trabajo digno con el que alimentar a su esposa e hijos.

¹ Lengua hablada en Níger y Nigeria

Segunda clasificada prosa

Certamen literario Pasionaria 2015

“El amor de una madre”

Bianca Aparicio Vinsonneau - Alicante

Su sola presencia dejaba una larga cola de murmuraciones a su paso, como si de un caracol con su viscosa y brillante estela se tratase. Era sorda a las palabras que, sabía, se pronunciarían tan pronto como sus oídos no pudieran escucharlas. Los caballeros desviaban la vista al cruzarse en su camino, mientras que sus esposas la observaban, esforzándose por hacerle sentir su desprecio. Mas ella sabía que tras los ojos de unos y otros, lo que se escondía era el miedo. Miedo a ser descubiertos, a que sus más bajos instintos quedasen revelados ante una sociedad que los oprimía a todos por igual, y que no dudaría en destrozarse al que osase saltarse las normas impuestas.

Villa Moreras era una casita sencilla, de paredes encaladas y orientada al sur. Estaba convenientemente apartada del pueblo, y unos frondosos árboles en la fachada le daban sombra y privacidad, además de nombre. Doña Encarna barría el suelo de barro cada mañana, lo fregaba y golpeaba con un trapo los marcos de las ventanas para ahuyentar el polvo. Parecía seguir el ritmo pausado del trino de los gorriones que, desvergonzados, se colaban hasta los dormitorios, como los rayos del sol y la brisa del río. Normalmente a esas horas la casa se desperezaba holgazana, preparándose para la actividad que el atardecer traía consigo. Entonces Doña Encarna se aseaba a conciencia con un balde de agua del pozo, frotaba su cuerpo con aceite de romero, que ella misma fabricaba y dejaba su piel olorosa como la de una condesa, se recogía en un apretado moño los cabellos, que empezaban a lanzar destellos plateados a la luz del candil. Disimulaba las telarañas que el tiempo iba tejiendo en su cuerpo, con tanto empeño como horas antes ponía en eliminarlas de las esquinas de los muebles. Últimamente, cuando volvía a mirarse en el espejo, la imagen que éste reflejaba le arrancaba un suspiro de compasión. Ya no era joven, ni bonita, aunque seguía caminando erguida para ocultar una decadencia inevitable, que pronto sería visible para todos. ¿Qué haría entonces? Le pesaba la soledad, y los ahorros que escondía detrás de un ladrillo de adobe en la cocina de leña no le darían para mucho.

Otro suspiro se le escapó entre los labios, y ella los apretó con firmeza para mantener las preocupaciones a raya. No podía angustiarse, debía parecer alegre y sonriente para recibir la visita que esperaba.

Unos nudillos aporrearon discretamente su puerta, y ella abrió sin hacerse esperar. Un rostro conocido, el mismo que al día siguiente apartaría la mirada y simularía no verla, como hacían todos. Había llegado a conocer en profundidad al género masculino y, muy al contrario de la creencia popular, descubrió que sienten la soledad tanto o más que las mujeres. Ese y no otro, estaba segura, era el motivo de que noche tras noche tuviera compañía. Lo otro era secundario. No dejaba de resultarle curioso: repudiada durante el día, confesora de la mayoría de los varones del pueblo cuando el sol se ocultaba. Ellos le revelaban sus secretos, sus temores, sus odios y sus amores. ¿Para qué? Para que se los callara. Para que no los compartiese nunca con nadie. Sólo para que ellos pudieran aliviar su alma de la pesada carga que soportaban. Estaba convencida de que conocía muchos más pecados que el cura del pueblo. Pero ella nunca juzgaba, ni imponía penitencia alguna; se limitaba a escuchar y ofrecer un cálido cobijo entre sus desnudos senos cuando el llanto acudía entre palabra y palabra.

No era la primera vez que ese hombre compartía su cama de madrugada, con el cuerpo y el alma desnudos. Pero en esa ocasión, estando ambos aún en el umbral, ella adivinó sorprendida un pequeño bulto entre sus brazos. Algo que se retorció cubierto por una manta y que maullaba como un gato.

—Encarnita. —Así la llamaban en la intimidad aquellos que la conocían de años—. Necesito tu ayuda.

Así se enteró ella de que le acababa de cambiar la vida. Manuel era el alcalde de ese pueblo en el que nadie la quería aunque casi todos acudían a ella. Era un hombre poderoso, con el dinero suficiente para no preocuparse por el futuro de sus hijos, ni el de sus nietos. Una redonda barriga le había crecido donde antes hubo un abdomen firme que Encarnita acariciaba tiempo atrás. Los años de confianzas y revolcones entre las sábanas habían acabado por crear un firme vínculo de confianza, algo que se parecía bastante a una amistad.

—Pero, ¿qué hiciste Manuel? —exclamó al tiempo que lo dejaba pasar, tomando con toda la delicadeza del mundo el paquete y retirando la tela para dejar a la vista dos diminutos ojos que al mirarla se quedaron mudos.

El alcalde le relató cómo una aventura más que inapropiada con una sobrina de su mujer, quien pasaba las vacaciones de verano en el pueblo, había acabado con una criatura indeseada y, sobre todo, incómoda para todo el mundo. Para mantener su honra intacta, la muchacha había sido llevada a un convento, con la excusa de un

viaje a un balneario retirado por motivos de salud. Allí había dado a luz a una niña, sin que nadie consiguiera sonsacarle la identidad del padre. Lo normal hubiera sido que el bebé se quedase a cargo de las monjas a cambio de una jugosa suma, pero Manuel se estaba haciendo viejo, además de ateo. Le entristecía el alma saber que esa criatura iba a ser condenada a una vida gris, entre rezos y agua bendita, rodeada de mujeres amargadas que la amargarían a ella del mismo modo, pues no había lugar para la felicidad entre los gruesos muros.

Con voz trémula le rogó que se hiciera cargo de la niña, al fin y al cabo a ella nadie le haría preguntas incómodas. La gente murmuraría, pero nadie se atrevería a investigar... no fueran a acabar salpicados sin quererlo. A cambio él le ofrecía un generoso estipendio anual, que cubriría los gastos de la criatura y les permitiría a ambas vivir dignamente sin ser molestadas. A Encarnita, que sentía el peso de ese cuerpecito rosado entre sus brazos, su olor a leche, y el latir de un corazón pequeño pero sano, todo lo que Manuel le ofrecía como compensación por el favor le traía sin cuidado. Al observar esos ojos color miel fijos en ella supo que la había esperado toda su vida sin saberlo, sin atreverse si quiera a soñarlo, pues tras años de lavados de vinagre para evitar quedarse preñada de sus clientes, había acabado estéril como las piedras. Esa criatura que nadie quería, que era un incordio para los padres que la engendraron. Repudiada por todos y querida por nadie. Era su hija. Al fin estaban juntas.

BIANCA APARICIO VINSONNEAU

Áccesit prosa
Certamen literario Pasionaria 2015
“Pinceladas del ayer”
María Pilar Zurro Caballero
Trapagaran – Meatzaldea - Bizkaia

Bajo un cielo tornadizo de color, rodeada de montes verdes, agrestes y con la mirada puesta en el recuerdo, me encuentro a diario triste y sola a pesar de que mis compañeras se hallan a mi lado. Añoro mis jornadas de intenso ruido, cuando mis tripas encendidas calentaban el ambiente agridulce de cualquier minero que se acercaba. En cambio ahora mi destino es pasivo, es dejar que los días continúen para que nadie me olvide. Estoy desamparada, a merced del viento, del frío y la lluvia. Del intenso calor del sol cuando se ceba sobre mi figura inmóvil. Me siento anclada en el tiempo, recordando este mismo paisaje hace muchos años. Cuando fatigada y cansada no tenía tiempo para descansar. Hoy, que poseo todo el tiempo del mundo para recordar. Me han maquillado de amarillo, verde, negro y azul para presentarme ante los curiosos que desean saber algo más de la historia de un ayer, que sigue crujiendo en el interior de cualquier galería. Estoy en la cima de la mina la Concha y aquí os espero.

Mientras llegáis, quiero contaros un poco de lo mucho que sucedió en los Montes de Triano.

Nací hace más de un siglo. La ley de ferrocarriles permitió el desarrollo de la infraestructura de transporte. El primer ramal que se hizo fue el de Triano. El ferrocarril iba a suponer una transformación en el modo de vida de los habitantes de la zona. Hubo protestas y sabotajes, pero al final... en 1865 me bautizaron. Mi primer recorrido fue entre el muelle de San Nicolás de Sestao y Ortuella. El volumen de mineral que transportaba era de más del 55% del total de la producción de Bizkaia. Tuve una vida tosca y dura. Mi masa de hierro está oxidada, mis ruedas desgastadas por los raíles y estoy aquí aparcada, a pesar de la importancia que tuve por estos parajes. Ahora veo con agrado a los extraños que se acercan a mí para contemplarme, tratando de

adivinar el aspecto de mi años jóvenes. Son muchos, sobre todo los niños los que quieren ascender para ver mis tripas. Los mayores suelen decir: “Esto es lo poco que queda del pasado” y, no es cierto, en cada rincón, en cada piedra, existe un trocito de historia de una gente que trató se sobrevivir en estos montes frondosos de maderas duras, fundamentalmente borto, que se utilizaba para hacer las carboneras y sacar un carbón de calidad.

Antes de llegar yo a la zona, fueron cuantiosos los encartados que extraían la vena de los cotos mineros y la bajaban del monte, en carretas tiradas por bueyes y la depositaban en los puertos venaqueros, para después, cargar el mineral hasta llegar a la dársena para embarcar hacia tierras inglesas o alemanas.

El monte era cobrizo, la tierra virgen. Las casas en el pueblo escaseaban. Fueron muchos los emigrantes, que acudieron a trabajar en las minas desde distintos lugares de España, sobre todo jóvenes y que morían por la dureza del trabajo. Para ellos se construyeron los llamados barracones de mineros, próximos a las minas de los montes de Triano,

Me recibieron con alegría, con vítores y alabanzas fui el inicio de una esperada revolución de la época, y para aliviar el gran esfuerzo que tenían que hacer los caballos percherones, tirando de arduas vagonetas para trasladar el carbón. Es en estos momentos al respirar hondo y recordar mi llegada a este lugar, un escalofrío recorre mis articulaciones.

A mi espalda llevaba las vagonetas cargadas de toneladas de mineral diariamente. Iba de un lado para otro sin descanso. Tenía siempre los ojos muy abiertos, la garganta encendida y por la cabeza echaba humo. Mi grito desolador despertaba los sueños de los mineros, a la vez que se apartaban a mi paso por temor a que los arrollase.

A través de los años he aprendido, que nada es para toda la vida.

Recuerdo aquel día en el que llegó a ponerme en marcha Baltasar, un hombre alto, rudo con un cuerpo endurecido por el agotador trabajo que había llevado en la perforación incesante del yacimiento. Venía con un cigarrillo entre los dedos y de vez en cuando tatareaba un canción. Se vanagloriaba de ser el responsable maquinista que haría el recorrido desde la mina hasta las barcazas que se hallaban a orillas del río Galindo, y así, de esta manera podría ganar unas pesetas más y sacar dignamente a su familia adelante.

Él, iba a ser mis manos, mi cerebro, mi compinche y mi testigo. No me defraudó y entre sus compañeros siempre gozo de una sana amistad. Cuando pasaba al lado de las cercanía de los barracones solía tirar carbón para que lo recogieran los mineros y

que pudieran pasar el invierno al calor de la lumbre. Yo caminaba en silencio para que nadie sospechara.

Aquella mañana, al llegar a su puesto de trabajo el ambiente estaba cargado. Horas antes habían fallecido cuatro mineros al hundirse una de las muchas galerías de la zona. El caos era palpable, la impotencia se mascaba, el dolor y el llanto inundaba el desconcierto. Los compañeros se apilaban delante de mí para escuchar la voz del cabecilla, que subido en la plataforma, puño en alto, invitaba a los mineros a la huelga.

Esto no era nuevo, habitualmente cada varios meses surgía la voz de la conciencia. Los trabajadores cansados de tanta explotación protestaban a diario, sin saber muy bien que camino tomar por miedo a las represalias.

Los disturbios eran interrumpidos por el ejercito, qué, curiosamente comprendían las pésimas condiciones en las que trabajaban los mineros y hacían de intermediarios con la patronal para mejorar sus condiciones de vida.

Tras varias semanas de huelga, en las que se pedía seguridad y una mejor calidad de vida, consiguieron una jornada laboral de diez horas diarias.

Esto sirvió para que los mineros aprendieran a no bajar la guardia y a permanecer en la lucha. Entre 1910 y 1914 se produjo la mayor agitación laboral conocida hasta entonces. Consiguieron economatos, escuelas, casas para sus empleados etc.

Una vez escuché a un grupo de mineros de Franco Belga, se pusieron a unos pasos de la vía. Se quejaban de la situación de sus viviendas, hechas de madera, pequeñas y precarias, donde carecían de luz y agua. Y donde no existía ninguna clase de higiene en los barrios. Faltaba alcantarillado, excusados, agua potable. La basura se acumulaba por las calles lo que producía continuas infecciones y epidemias. Una mayoría de jóvenes morían antes de los treinta años. La alimentación de los mineros era incompatible con la salud. Tres comidas al día: el almuerzo consistía en patatas cocidas o sopa de ajo. La comida, un plato de alubias o garbanzos con un poco de tocino o tasajo. La cena, alguna vez como extraordinario, arroz, pan y cortadillo de vino, el que podía, que no eran todos. Y como desayuno, antes de empezar el trabajo, una copa de aguardiente.

Los mineros y sus mujeres padecían la terrible situación a la que se enfrentaban a diario sin amparo social. A través de las huelgas fueron consiguiendo parte de lo que pedían, por ejemplo, su salario por semanas.

Muchas veces escuché los cotilleos que ocurrían por los pueblos de alrededor. Por ejemplo cuando mataron al cura del pueblo y nunca se supo quien fue, aunque cada uno daba su versión. En la Arboleda hace muchos, muchos años venían los jóvenes

del regato y tenían que dejar las cachabas en el cuartelillo de la policía, para que no hubiera peleas entre ellos; o cuando rajaron de arriba abajo al capataz en la oficina de la Reineta por problemas laborales; o cuando un minero llegó a casa completamente mojado por la lluvia, después de una larga y dura jornada, y su mujer al llegar le dijo: ya que estás mojado, tráeme un cubo de agua de la fuente. El marido cansado y silencioso fue hasta el manantial, llenó el balde, y al llegar a casa, lo vertió encima de la mujer y le respondió: ya que estas mojada vete tu a por agua. Los mineros reían las gracias agritudales del día a día.

En cierta ocasión oí decir que en Gallarta iban a construir un hospital central. Posteriormente se instalaron dos casas de socorro en Matamoros, La Arboleda, y en el Cerco de Galdames, todo un gran éxito a cargo del doctor Enrique Areilza.

Recuerdo también, a unas mujeres que venían del lavadero de La Barga, Abanto Zierbena, traían sus cestos vacíos de txirta hacia la boca de la mina, donde yo me encontraba a la espera de que cargasen las vagonetas para iniciar mi salida. En primera fila una mujer llamada Dolores... Dolores Ibarruri, con el pelo recogido hacia atrás, sus ropas ajadas y un mandil de cuero que le llegaba hasta los pies. La minera era conocida entre hombres y mujeres, por su bravía y su tesón a la hora de defender a los compañeros ante los capataces, sobre las interminables injusticias que allí se almacenaban sin ningún miramiento para ellos.

Ella era valiente, una mujer de carácter que despertaba las quimeras aletargadas de los mineros. Nació en Gallarta, fue hija y esposa de minero. Quiso ser maestra, pero dejó los estudios porque en su casa no había medios económicos para pagar la universidad. Su destino fue ser una oradora política. Su prosa apasionada, sensible, la convirtió en símbolo de la resistencia de la España republicana. Asumió la doctrina marxista para luchar por la liberación de la clase obrera. Utilizó el seudónimo de Pasionaria escribiendo en un periódico de la prensa obrera titulado "El minero vizcaíno". Años más tarde se trasladó a Madrid para trabajar en el periódico Mundo Obrero, su lema era ¡No Pasaran! Tenía miles de seguidores por toda la minería de norte a sur.

Las manifestaciones de protesta se alzaban por doquier. Una y otra vez se escuchaba su voz. "Compañeros"- gritaba serena, "Unidos venceremos" No olvidéis lo que sucede a nuestro alrededor. Los mineros mueren bajo el estallido de la mina que vomita sin compasión. Las viudas son abandonadas a su suerte. Los lisiados mueren lentamente privados de asistencia. "Hombres y mujeres despertad" Llegó la hora de la lucha obrera, no permitamos que al proletariado le ahoguen la libertad. Exijamos lo que es justo para todo trabajador, seguridad, auxilio y protección para los

desamparados. La marea de mineros acudía fiel a todas las concentraciones programadas, llenando frontones y campas para escuchar a la Pasionaria.

Fue la voz que revolucionó a todo el gobierno. La encarcelaron varias veces y al final estuvo exiliada hasta el final de la dictadura. Pero en Gallarta, un pueblo desterrado por la mina la evoca con emoción cada año, cada mes, cada día.

Cierto día llegó hasta mí una señora que sentada a mis pies, con una flácida sonrisa mirando a su alrededor como si quisiera encontrar algo perdido, comenzó a recordar en alta voz:

Corrían los años treinta, yo vivía en Urallaga, Galdames, un barrio compuesto por media docena de casas. En una de ellas estaba la tasca Charlot, que también hacía las veces de tienda de ultramarinos. Mi casa era de piedra con pequeñas habitaciones, donde su única luz era la que entraba por una diminuta ventana al final del pasillo. La fuente más cercana estaba monte arriba, a una hora de camino. La escuela estaba ubicada en la Elvira, estaba tan lejos, que mi madre nos llevaba la comida, para no tener que hacer el recorrido cuatro veces al día. Mi padre trabajaba en las entrañas de la mina, otros a cielo abierto. Los mineros sufrieron grandes crisis laborales durante un largo periodo de años. Los días que llovía no trabajaban, pero tampoco cobraban. No había Seguridad Social. Las viudas al no percibir pensión eran desahuciadas de sus viviendas. Los hijos debían abandonar la escuela con siete años para entrar a trabajar a la mina.

La miseria reinaba por las calles, el hambre también. Recuerdo haber comido habas secas, remojadas y luego guisadas con chorizo y tocino. Las habas eran la comida para los caballos, al principio no me gustaban. Terminé pidiéndole a mi madre que nos pusiera el extraordinario de habas por San José.

Llegaron las bombas al País Vasco. Los montes de Triano no se libraron. Mi madre nos hacía correr para cobijarnos en una cárcava cubierta de jaras, desde donde oíamos las explosiones mientras unos lloraban y otros temblaban ateridos.

Fueron tiempos muy duros. La gente se dedicaba al estraperlo. Mi madre solía ir a Burgos, llevaba bacalao o aceite y lo cambiaba por productos que aquí no teníamos. Se exponía a que la policía de Abastos, le requisara toda la mercancía. Estuvimos bastante tiempo sin poder comer pan, porque no había. Existía el racionamiento y la cartilla de alimentos, daban un richi de pan por familia. En mi barrio casi todos criaban gallinas y trabajaban la tierra. En casa patatas y huevos comíamos a diario.

Pasé mi adolescencia carente de muchas cosas. Todo era racionado, hasta el baile, que era los domingos en la Arboleda, y, a las ocho de la tarde terminaba para mí.

Debía estar en casa al anochecer. A las mujeres se nos privaba de ciertas libertades de las que gozaban los hombres.

Pero curiosamente al venir al museo y verte, he recordado el día de mi boda. Llegué a la iglesia subida en tu plataforma. La habían limpiado y adornado los mineros para mí. Fue todo un detalle por tu parte acogerme. Tú silbabas y silbabas anunciando a los jornaleros que me saludaran al pasar "porque yo era la hija de Baltasar, tu maquinista". Me sentí como una princesa. Iba vestida con un traje negro, llevaba un ramo de calas y jazmines. Mi mano agradecía los saludos que recibía, y el cielo azul bañaba mi piel perfumada ese día, que nunca he olvidado. Hoy he venido a darte las gracias y a presentarte a mis biznietos que no dejan de preguntar al ver las fotografías y los utensilios que tanto y tanto me recuerdan.

Podría contaros miles de historias, pero ahora viene una visita y debo estar atenta a lo que dicen. Quiero que todos recuerden que en cada rincón de estos lugares, si guardan silencio, podrán oír la voz de algún minero que gime para que no le olviden. Si queréis saber más de mí, venir a visitarme al museo minero del País Vasco, Gallarta. Yo soy la N^o 1 a mi lado está la N^o 39 y un poquito más allá la N^o 13 y a mi alrededor toda una vida que es digna de mención.

